

El otoño en esta calle

Footfalls echo in the memory

T. S. Eliot

Esto es una calle que en otra calle
desemboca,
 río de rimas,
delta de asonancias,
 mar de estridencias.

El verde abre el motor
del seco ronquido del automóvil.
El rojo detiene a la cigarra:
 zumba la tarde.

Anoche en sueños soñé tu cuerpo,
la mujer que cruza la calle
 ¿es un recuerdo?

Bajo por Fuencarral
 hacia Gran Vía,
no es un camino
 recto,
es la epilepsia
 sin sorpresa.

El árbol, el perro, el ejecutivo,
el kiosco con las noticias
 que no he leído

los mil suicidios,
el cielo sin límites del chamán.
El Imperio del Sol Naciente
produce más y más mimesis conflictiva.
No pagué la luz.

 Anoche, a solas
y la noche, me excedí con los whiskys,
las vitaminas B¹, B⁶, B¹²,
en el bolsillo, y en el otro
El Arco y la Lira.

Y en el río de la memoria
los peces imantados por el aire.

Mientras desciendo por las escaleras
metálicas del Metro, siento
que el deseo tiene trescientos escalones

hicieron de la rebelión la Gran Razón.
 Bajo los nombres los hombres
 son devorados por los nombres.
 Debajo de la piel del siglo
 la sangre dibuja siglos de horrores.
 Me tendí en el diván de herr psicoanalista
 o de che sicoanalista,
 aquejado de una sospecha sin fin,
 y me preguntó:
 ¿Qué o quién hay detrás de usted?
 ¿Cuando usted decía lo que decía
 por qué decía otra cosa?

En el Zócalo

¿vio la sombra de una forma o su ausencia?
 ¿Por qué Hitler llegó al poder?
 ¿Leyó en un muro de Berlín
 escrito con letra firme *Don't future?*
 Asentí mientras blandía el puñal.
 Don Futuro, blanco como esta página,
 cayó herido

vomitando el tiempo.

Caminé por el valle de México
 pero no vi a Quetzalcoatl ni a Tezcatlipoca,
 vi a hombres quietos o afanosos
 que a veces estaban cerca o lejos,
 gentes absortas en las naderías
 de los prodigios,
 y gentes levantando
 no impunemente,
 la piel de la realidad.

Cuando caía la tarde a solas vi
 montañas como pirámides,
 no talladas por la mano:
 oficio lento del aire.
 Miré la quietud del campo:
 el cabrilleo del río
 es tiempo y desaparece.
 No habrá corazón ni sangre, pensé,
 que hoy corre por las piedras:
 la noche bate sus alas
 y ambos nos vamos a dónde.

Siendo verdad mentía:
 en la extensa piedra de la ciudad

aquel mismo día se ofrecieron corazones
 en nombre de la exactitud
 del octaedro. Y en nombre del amor
 se promulgaron leyes homicidas.

*Ya muy de noche, al salir del pub
 aquel de down town (New York) me dijiste:
 «Esta es la Cosmococcica, Telegraph Co. Ltd.»
 Años veinte, Miller y sus mensajeros:
 volvimos a entrar al pub
 cogidos de la cintura, fuera nevaba,
 y pedimos más bourbon.
 Cuántas veces, desde el Puente de Brooklyn
 de tus ojos vi pasar el río de mi deseo,
 las tardes ancladas en las orillas
 y los bateaux-mouches de mi insomnio.
 Y aquella misma noche te fuiste con otro,
 para que el rito no tuviera fin.
 Me acodé en la barra
 y vi pasar el río,*

sin mensajeros:

*sólo un golpe de sangre
 que busca rimar sus sílabas
 antes de que termine el verso.
 Y, afuera, la noche blanca:
 Prince d'Aquitaine à la Tour abolie,
 y el alcohol
 de unos pechos dulcemente absurdos.
 Volviste con una sonrisa
 a la altura exacta de mi tercera copa:
 Je t'aime, dijiste cuando volvíamos
 y vi en tus ojos brillante la luz
 del día derramándose sobre la ciudad.*

Estalla lentamente el vaso de agua,
 el cilindro soleado que presidió mi tarde
 mientras escribía despacio en este cuarto
 (cabriolas de la luz ya sólo sombras).
 Vibra la ciudad en las cristaleras,
 taladran las sirenas de las ambulancias
 los anaqueles de los libros.
 El momento justo no será justo;
 si su medida se cierra ¿quién lo habita?
 El aire no es puro ni la medida

exacta.

Sigo el hilo del agua
que emborriona mi tinta:
se abren sus márgenes, ríos de selvas,
callejeo del solitario.
Cuando el día duerme
hay plantas que despiertan,
abren los ojos
en el bosque dormido:
hay una abeja puntual
que viene de lejos
a su cita con la miel.
¿Dónde has abierto tú los ojos,
en qué calle o plaza?

Pasión no es geometría:
se dilatan las palabras, se aguza
el oído,
se abren los muros.
hacia los muros de otros cuartos
donde la hora gotea.
Resuenan pisadas en la memoria.
Se levanta el aire con la noche.
Bajo el árbol inmóvil se recogen las hojas:
mariposas de tinta
trazan bajo mis ojos el otoño.

Juan Malpartida